



**Ricardo
Senabre**
Su última crítica

Esta es la última crítica, enviada pocas horas antes de su muerte, el pasado 5 de febrero, de las más de mil que ha escrito Ricardo Senabre en estas páginas. Un libro marginal de una editorial minúscula que tan bien refleja el espíritu curioso y libre que regía el buen hacer de un catedrático de Literatura española, autor de una veintena de libros y de más de 300 monografías especializadas. Hoy los creadores elogian a este crítico “severo, insobornable y perspicaz”.

Anochece, Platero

JORGE CELA TRULOCK

La Sierpe y el Laúd. Cieza, 2014

87 páginas, 10'40€

Conviene no dejar pasar sin más este breve volumen sólo por aparecer, con su pequeño formato, en una editorial minoritaria sin miras comerciales. Recoge once textos que representan la etapa más reciente y depurada de Jorge Cela Trulock (Madrid, 1932), a quien se deben varias novelas cortas y volúmenes de cuentos de gran calidad. En *Anochece, Platero*, y prolongando una línea que ya se manifestaba en muchos relatos anteriores, el esquema narrativo tradicional se reduce al mínimo, y el lector encuentra, sobre todo, escenas incompletas, episodios de la vida pasada, evocaciones que consisten sobre todo en paisajes de lugares recorridos, olores, sensaciones que las palabras ayudan en cualquier momento a anotar en un cuaderno, extraídas de una corriente de experiencias que va disolviéndose camino de su desaparición. La mirada contempla ese flanco percedero de las cosas y trata de fijar y salvaguardar lo que considera valioso: una percepción sensorial, una compañía grata, un gesto, una frase concreta... Porque “todo se va por ese suave tornado que es el olvido, so pena que en el cuadernito aparezca al-

gún apunte salvador” (p. 81). En el relato “Olor a ropa planchada” leemos: “Pasó el día, llegó el nuevo día, y de las estampas que aquella tarde se fueron viviendo quedan tan sólo hoy poco más que olores, visiones raudas por el rabillo de los ojos cuando más”.

Lo que se trasluce en cada página es un modo de ver el mundo. En el entorno gallego de “Meizarán” –título de la estampa inicial– abundan los signos de un pasado concluso: un reloj parado, unos “árboles viejos junto a las yerbas viejas”, un libro en el que “con letras de caligrafías pasadas se leía sobre parientes distantes que fueron”. En “Primo marisco”, el autor toma notas sobre el mismo hule donde muchos años antes se jugó al ajedrez. En “Lanzarote”, donde se evocan algunos aspectos de la isla, “se va desmoronando el castillo de arena que ayer levantamos en la orilla”. En “El paseo en barca”, se recuerda a Ganimet, que no cedió a “la soberbia del

hombre que quiere vencer a la muerte, a la enfermedad”, empeño que está convirtiendo el mundo en “un vivero de impedidos, viejos, inmóviles”.

Junto a ello hay una preocupación por la búsqueda de la palabra precisa, exacta, como sucede en las dudas planteadas ante el uso de “bote”, “canoa” o “piragua” en el relato “El paseo en barca”. Y un desdén inocultable por los tópicos del lenguaje político y los giros manidos: “llamar la atención poderosamente, así dicen los que presumen de conocer el idioma” (p. 27; más ejemplos en p. 65). El gusto por el idioma y su sonoridad llega a formulaciones que un estudioso de la fonostilística no dejaría de anotar, como en esta reiteración del fonema /s/ en torno al núcleo semántico ‘susurro’: “Sólo el agua susurra a su propio paso al rozarse consigo misma” (p. 32). Libro adecuado para quienes gusten de leer desmenuzando las palabras. **RICARDO SENABRE**

Sabio y estricto

Sólo he conocido a Ricardo Senabre por sus críticas en el Cultural y por el testimonio, siempre apasionado, nunca indiferente, de muchos de sus alumnos de la universidad de Extremadura o de Salamanca. Fue un profesor que creó escuela, y también como crítico tuvo una fuerte personalidad y un estilo muy bien definido. Creo que tampoco sus reseñas dejaban indiferente a nadie. Era muy puntilloso, demasiado a veces, y en más de una ocasión nos exasperaba con sus minucias de profesor severo y un poco cascarrabias, pero también era



**LUIS
LANDERO**

generoso con los jóvenes, y aún en sus críticas más ácidas siempre tenía algo bueno que decir. Fue un crítico sincero, independiente, que no transigió con intereses o amiguismos, y por eso muchos respetábamos sus palabras aunque a veces no compartiésemos sus arbitrajes literarios. Su coherencia y su honestidad fueron proverbiales. Sabio y estricto, de un acendrado gusto clásico, en cada pieza crítica quedó siempre la estela de su incansable pasión por la literatura. A eso dedicó su vida, y en verdad que dejó lo mejor de sí mismo en ese noble empeño.

Una voz rigurosa y perspicaz



**JOSÉ MARÍA
MERINO**

Ricardo Senabre pertenecía a esa promoción de críticos españoles que empezó a traer a los medios de comunicación la voz de los estudiosos y no la de los simples aficionados a la lectura, por muy formados que estos estuviesen, lo que a mi entender fue beneficioso para la crítica

literaria en los periódicos. No cabe duda de que Senabre entraba en los libros con un sólido bagaje de conocimientos, tanto de la narrativa literaria como filológicos, como es también indudable que se leía los libros a fondo, sin prejuzgar la edad, el sexo o la posible carrera de quienes los hubiesen escrito. No era muy dado a entusiasmarse con los libros que criticaba, porque tal vez esa calculada lejanía es lo aconsejable cuando se ejerce la crítica con independencia, como él lo hacía. Solía además concluir el texto de sus críticas con un remate de advertencias formales, que en muchas ocasiones mostraban sorprendentes despistes o carencias en los responsables de la autoría. Creo que su voz crítica fue referencia necesaria en nuestro panorama literario por su objetividad, rigor y perspicacia. Una voz que echaremos de menos.

Un hombre con criterio



**ÁLVARO
VALVERDE**

Recuerda uno bien la llegada a Cáceres de don Ricardo Senabre. Se hizo notar. Pronto, junto a Juan Manuel Rozas (la poesía y la prosa), desde el decanato de Filosofía y Letras, se alió con quienes, a favor de los nuevos aires democráticos, querían la redención cultural de esta

Extremadura irredenta. Ya era hora. Y ahí estubo, en primera línea. Aportó sensatez y prestigio a la empresa. Desde la cátedra y en la calle, presidiendo jurados literarios o animando vocaciones desde la prensa o los congresos de escritores. Uno no llegó a asistir a sus clases, pero tuvo ocasión de tratarlo y de aprovechar su magisterio, pues su inclinación didáctica siempre estuvo presente, dentro o fuera de la universidad. Al riguroso filólogo le acompañó, con la debida naturalidad, el crítico incisivo. El de las "senabrinas", como recordaba Gonzalo Hidalgo; el "severo", como decía aquí mismo Fernando Aramburu. Sus reseñas brillaban por lo bien escritas que estaban, un asunto nada baladí, y por la independencia de su juicio, otra rareza. Era un hombre con criterio. Aunaba la sabiduría del experto con la intuición del lector, que es lo que ante todo era. Siempre entendí que su meticulosidad, la precisión de su lenguaje y el amor por los detalles eran puro reflejo del ejercicio de la crítica responsable que él defendía.

Insobornable y de fiar



**LORENZO
SILVA**

Hubo algo que nadie supo hacer como Ricardo Senabre: permanecer al acecho del nuevo talento, para señalarlo en cuanto aparecía, asumiendo el riesgo que ello comportaba; función esta del crítico que según Raymond Chandler es la primera y genuina (en lugar de limitarse a ensalzar a quien ya se ha vuelto respetable). Muchos de los que escribimos en nuestro país le debemos gratitud inextinguible porque él fue el primero que saludó con atenta generosidad nuestros inicios

editoriales. Nadie suele jugársela así, y menos por alguien a quien no se conoce y al que no hay ganancia alguna en aventurarle un halagüeño porvenir. Sin embargo, eso era algo que él hacía todo el tiempo, con los escritores más variopintos, mostrando una apertura de juicio poco frecuente en el gremio de los criticadores de libros.

Y es que Senabre siempre fue venturosa y saludablemente por libre: nunca sus reparos eran gratuitos, y jamás a un elogio suyo cabía buscarle los tres pies de una posible devolución de favor. A algunos les irritaba que levantara acta de erratas, anglicismos o cualquier clase de lunar en el texto. A mí me parecía que con ello cumplía con su deber, y le agradezco esa vigilancia. Era insobornable y de fiar. Le echaremos de menos.

El profesor Senabre

ASCENSIÓN RIVAS

Ricardo Senabre fue mi maestro como lo fue de tantos compañeros que imparten hoy docencia en diferentes puntos de nuestro país y del extranjero, en áreas de conocimiento tan diversas como la Historia de la lengua, la Literatura, la Lengua española o la Teoría de la literatura. Me resulta extraño hablar de él en pasado. Contamos con la muerte pero de manera inconsciente, como algo ajeno que nunca fuera a afectarnos aunque hayamos sufrido ya su zarpazo desgarrador. He mantenido mi amistad académica con él hasta el último momento y me siento honrada por ello; también orgullosa. Me enseñó, como a tantos, muchas de las cosas que sé y no sólo en el campo de la Filología. Me refiero a cosas que de verdad importan como el respeto a los alumnos, la intensidad en la docencia, el valor de la vocación y de la pedagogía, la necesidad de la independencia y un modo ético de comportamiento en el aula, porque él era, esencialmente, un profesor.

Defendió siempre un modelo académico basado en la lectura de los textos en sí de forma atenta y minuciosa, y vivió alejado de culturalismos, posmodernidades y excesos teóricos de los que tanto abundan en Teoría de la literatura, área en la que se jubiló de catedrático. Al profesor Senabre se le entendía, en una palabra, eso tan difícil en un ámbito como el nuestro. Él era un magnífico docente que conseguía transmitir una pasión por los libros que no disminuyó con el paso de los años. A ello contribuyó su profundo conocimiento de la literatura, del arte, de la historia, del cine, su vastísima cultura en general y una acerada inteligencia que le permitía diseccionar las obras para después recomponerlas y explicar su sentido de forma cabal. Y su amor por la lengua bien escrita, por la expresión elegante, por el estilo impecable. De todo ello pueden dar cuenta centenares de alumnos sobre los que ejerció su magisterio durante cua-

Se le notaba la cátedra



**FERNANDO
ARAMBURU**

Con pocos críticos me ha ocurrido lo que me ocurría con Ricardo Senabre. Cada semana buscaba de propósito sus reseñas y las leía como cosa más interesante que el libro juzgado. Con frecuencia empezaba la lectura por el final, donde él acostumbraba consignar los errores lingüísticos, los defectos de construcción, las contradicciones o los gazapos de la novela en cuestión. Esta peculiaridad suya era instructiva. Lo cual no quita para reconocer que a veces se propasaba. Un libro abundante en errores era para él tanto un libro mal escrito como un libro mal editado. ¿Es que en esta o aquella editorial no hay un control

renta y ocho años, los veintidós últimos en la Universidad de Salamanca pero también en las de Granada o Extremadura, de la que fue fundador.

Ricardo Senabre era, además, un investigador pulcro, diligente y aplicado que conocía tan bien las *Odas* de Fray Luis o la literatura de Cervantes y Gracián como la novela de Galdós y Baroja, la obra de Unamuno o la poesía de Juan Ramón Jiménez, Antonio Machado y Blas de Otero, por poner sólo algunos ejem-

Ricardo Senabre era un investigador pulcro, diligente y aplicado que conocía bien las Odas de Fray Luis o la literatura de Cervantes y Gracián, la obra de Unamuno o la poesía de Juan Ramón Jiménez, Machado o Blas de Otero

plos. Así lo atestiguan sus más de doscientos cincuenta trabajos —artículos en revistas especializadas, introducciones, prólogos, etc.— y sus numerosos libros, algunos como *Lengua y estilo de Ortega y Gasset*, *Literatura y público* o *Metáfora y novela* realmente importantes.

de calidad? Otro detalle me inducía a la lectura gustosa de sus reseñas. Ricardo Senabre redactaba bien, con propiedad, con prosa tranquila y clara, con densidad de pensamiento. No era un mero tasador de literatura. Razonaba. Severo, pero sin mala fe. Y, sí, en ocasiones, el texto le salía adusto, profesoral. A cambio, jamás incurría en trivialidades del tipo: háganse un regalo, lean este libro. Elogiaba lo justo y aun puede que fuera un poco rácano a la hora de repartir parabienes. En esto también se le notaba la cátedra. No era lo que pudiéramos llamar un entusiasmador. La literatura debía de ser un asunto por demás serio para él. Lo voy a echar de menos. Mis libros están ahí, apretados en la balda como una fila de huérfanos.

El profesor Senabre, además, creía con Ortega que es primordial enseñar en la plaza pública, realizar una labor educativa fuera del mundo académico para llegar a un auditorio más amplio. Por eso se expresó desde la tribuna del periódico durante los últimos treinta años. Ejerció la crítica desde el compromiso, la independencia y el rigor —inicialmente en las páginas de ABC Cultural y después en El Cultural de El Mundo— hasta convertirse en uno de los críticos más competentes y más respetados de nuestro país.

Como recompensa a su admirable trayectoria, fue galardonado con la Encomienda de Alfonso X el Sabio, la Medalla de Extremadura, la Medalla de Oro de esta Universidad y la Medalla de Honor de la Universidad Menéndez Pelayo, fue miembro permanente del jurado del Premio Príncipe de Asturias de Comunicación y Humanidades y doctor honoris causa por la Universidad de Las Palmas, aunque su mayor gratificación —me consta— fue enseñar a otros. *Magister, sit tibi terra levis.* ■

Ascensión Rivas fue una de las mejores alumnas de Ricardo Senabre en la Universidad de Salamanca.

Jamás resultó previsible



**CARLOS
MARZAL**

En España resulta frecuente considerar crítico literario a cualquiera que haya escrito una reseña en algún suplemen-

to, que es algo parecido al hecho de considerar futbolista profesional a cualquiera que le haya pegado una patada a una lata de coca cola con la que se cruce en la calle. Ricardo Senabre fue un crítico literario de verdad: y además escribía reseñas en los suplementos. Es decir, era un filólogo de altura, un editor brillante, un profesor admirado, y un lector de excepción que trataba de jerarquizar entre las novedades narrativas. Yo lo leía siempre, porque nunca sabía lo que iba a leer: jamás resultó previsible. Su contundencia sólo era comparable a su independencia absoluta, llevada a menudo hasta la manía. En cierta ocasión, me dijo que renunciaba a escribir acerca de uno de sus autores españoles favoritos, porque él mismo lo había invitado a dar una conferencia en la Universidad de Salamanca, y el hecho de que se pudiera interpretar, desde entonces, que eran amigos le impedía seguir opinando sobre su trabajo. Según ese criterio —le dije— no podría imprimirse en el mundo el noventa y nueve por ciento de lo que se imprime, en cualquier ámbito. Ricardo Senabre cumplió con su palabra y no volvió a escribir reseñas sobre ese novelista, para mi perpleja admiración. Todos deseábamos un elogio suyo, porque sabíamos que provenía de la máxima exigencia artística. Era sólo, sí, una opinión; pero algunas opiniones significan bastante más que el simple acto de opinar. Con su inteligencia y puntillismo, Ricardo Senabre hacía que las reseñas de periódico fuesen crítica literaria.